

Planchado

Afuera las nubes parecen sábanas grises colgando de un cielo invisible. La humedad llena el aire y no sé cómo respirar. El departamento por momentos se me hace gigante y al instante las paredes me aprietan hasta quebrarme la espalda y el ánimo. La angustia de esperar parece mojar mi piel. Transpiro ansiedad, el barómetro mide ahora el desasosiego. Bocón respira a mi lado. Es un salchicha negro, un dóberman pequeño y aflautado, con dos puntos marrones en las cejas y un collar rojo heredado de su madre. La lengua afuera, baba viscosa como un gel y esa tristeza que en la mirada de los perros es un cliché. Hoy no parece él. Suele ser un perro perezoso, de andar lánguido, como dopado. Sabe quedarse acostado y mirando a un punto fijo por horas. Recuerdo alguien que, luego de visitarme por un rato, se sobresaltó y comentó: - ¡Pensé que estaba embalsamado! Sin embargo, mi propia histeria parece haberlo contagiado. Ladra como un perro, va, viene, da vueltas, husmea, huele, me mira, se rasca. Decido atarlo. La desesperación de mi espera me aquieta, me congela en el tiempo y en el lugar. Él no parece darse cuenta y animado como los nervios de un muerto se mueve sin razón. Me levanto para buscar la correa y, aunque juré no volver a mirar, verifico el reloj nuevamente. La autoflagelación se repite: el reloj no tiene la aguja chica ni la grande, solo el segundero gira en la cara blanca adornada con números romanos. Leo otra vez: quartz. Made in China. Nada más. No le crecerán las manecillas... pero vuelvo a mirar: quartz. Made in China. Por un momento la furia reemplaza la ansiedad y traigo la correa. La engancho en el collar y me doy cuenta de que no tengo donde atarla. La decepción es tan grande que tengo ganas de vomitar, de vomitarme, de sacarme de adentro mío. Pero eso no sucederá. Soy una mochila que llevaré puesta el resto de mis días Tengo al perro y busco donde anclarlo. Entonces veo la plancha. Atame, leo, luego enfoco y leo mejor: atma. Pongo la plancha en el piso y ato el perro a la plancha. Por un instante

parece apiadarse de mí y se queda ahí mirándome. Luego da un paso y arrastra el electrodoméstico rayando para siempre el parqué. Sé que esa raya será un tatuaje que recuerde otro de mis fracasos. Pero no voy a dejar que siga. Entonces, intentando fijar el perro en un lugar, enchufo la plancha. Se prende una luz naranja oscuro que debe ser una luz de alerta. Miro el reloj: quartz. Made in China. Si aunque sea pudiera llorar. O si lloviera. Vamos, que el cielo lllore por mí. Esto no sucede, pero al menos, Bocón se ha quedado quieto. Vuelvo a la espera. Escucho el segundero aunque no lo miro. El tiempo solo avanza en mis oídos. Ese palpitar mecánico llena mi cerebro. Anulo la luz. Aprieto los ojos tan fuerte que sicodélicas figuras rojas vuelan ante mí. Transcurro inerme sin medir el tiempo, intento olvidarme de la espera y cuando parece que voy a lograrlo el aullido desgarrador de Bocón revienta mis oídos. Tiene la cara pegada a la plancha y el olor a carne y pelo quemado me paraliza de forma tal que solo puedo verlo mover su cuerpo sin atinar a hacer nada. La cabeza del perro se va cocinando mientras el aullido inicial se transforma en un chillido infernal, algo que no proviene de una criatura de Dios. Tarda mi mente en abstraer lo que está sucediendo. Busco referencias alrededor para tratar de acomodarme, de volver a la espantosa realidad. Mis ojos recorren el departamento y se quedan leyendo: quartz. Made in China. Vuelvo al perro. La cabeza parece haber desaparecido y luego del cuello está la plancha. El cuerpo del salchicha se retuerce y solo escucho una especie de soplido, el bufido del aire de los pulmones saliendo por el agujero que está bajo la candente superficie de la plancha, ahí donde estuvo la testa del infortunado animal. Doy el salto más tardío de mi vida y desenchufo. Inmediatamente el cuerpo se desprende del mortal aparato, camina hacia atrás unos cuantos pasos dejando un rastro de sangre negra y cae.

Entonces, suena el timbre.